

EL RETABLO DEL CORDERO MÍSTICO

El retablo del Cordero Místico constituye un decisivo eslabón dentro de las investigaciones que José María Garres (1949, Molina de Segura) desarrolla desde hace años sobre la historia de la religión. La religión -en su doble dimensión de hecho cultural y de experiencia íntima y personal- adquiere en su obra una expresión escindida entre lo objetivo y lo subjetivo, entre el fenómeno comunitario y social y el estrictamente individual. En el trayecto recorrido para salvar la distancia entre una escala y otra, el discurso de Garres se traba en la forma de una superposición de estratos, de niveles de significado que interactúan y que impiden una interpretación unívoca. Lo místico, en su obra, es abordado no de una manera intuitiva, sino cultural. Sus trabajos intentan aprehender lo indecible mediante complejas elaboraciones conceptuales que conducen al lenguaje a su expresión límite, a un punto de máxima tensión expresiva.

En esta exposición para el Museo Cristo de la Sangre, José María Garres aborda a través de un políptico en forma de cruz la idea del Cordero Místico. Para el cristianismo, el *agnus Dei* (Cordero de Dios) representa a Jesucristo como víctima ofrecida en sacrificio por los pecados de la humanidad, a semejanza del cordero que era sacrificado y consumido por los judíos durante la conmemoración anual de la Pascua. Garres sitúa la imagen del cordero en el centro de su composición con el objetivo de actualizar el significado de la noción de sacrificio. De alguna manera, el cordero que muere siempre es el eslabón más débil del tejido social. Su sacrificio es el resultado de los pecados de los más fuertes. La lógica cultural del sacrificio indica que el cuerpo inmolado tiene como misión transferir una cierta cantidad de energía desde un punto sobrante a otro faltante, con el fin de recuperar el equilibrio del universo. Sin embargo, el paradigma actual del Cordero Místico define una lógica inversa: los que menos poseen son los que más dan, suspendiéndose de esta manera la intervención reparadora del sacrificio. La mesa sobre la que se apoya el cordero que preside la composición convierte a este políptico en un “altar de sacrificios” -una idea sobre la que José María Garres viene abundando durante los últimos años, en una clara alusión a la hipostasis que, en su obra, se produce entre creación artística y experiencia sacrificial. Ciertamente que el artista renace en cada uno de sus trabajos. Pero también lo es que crear es entregarse y, por tanto, desprenderse de uno mismo, morir en cierto grado. Desde la

óptica de Garres, el artista se sacrifica a través de su obra para reinstaurar el equilibrio a través de la belleza.

La instalación que preside la sala surge de un múltiple proceso de hibridación: entre la pintura y la escultura, entre lo pictórico y lo fotográfico, entre lo figurativo y lo abstracto, y entre lo gestual y lo caligráfico. Es más, se podría afirmar que José María Garres no pinta, escribe. Cabe recordar, en este sentido, que, en ruso, pintar y escribir comparten una misma palabra *-pisat*; algo de lo que Malevich era absolutamente consciente, hasta el punto de concebir su obra como “pintura en acción filosófica”. En este *Retablo del Cordero Místico*, lo textual absorbe lo gestual, entregando una pintura que solo se puede entender en clave caligráfica. De hecho, el artista molinense contempla los elementos critográficos de su obra como un eco lejano de aquellos tiempos en los que Dios no podía ser representado mediante una imagen. Para Garres, el arte supone una *encriptación de la realidad*. Saturados de consumir diariamente miles de imágenes; hastiados por el hecho de que cualquier margen de misterio haya sido devorado por una cultura visual basada en la obviedad, los individuos requieren no tanto de revelaciones -las cuales sobran, nos invaden-, cuanto de ocultaciones. Ocultar lo evidente para transformarlo en materia de reflexión. El Cordero Místico de José María Garres representa el misterio recuperado en medio de tantas y mediocres certidumbres. Su sacrificio garantiza la conversión de las respuestas en preguntas, de las creencias a ciegas en dudas enriquecedoras. El sacrificio del cordero resitúa al sujeto en la senda del conocimiento.

Pedro A. Cruz Sánchez